

Etnografía interdisciplinar en la escuela

POVEDA, David (coord.) 2003, *Entre la diferencia y el conflicto: Miradas etnográficas a la diversidad cultural en la educación*. Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, Colección monografías.

Esta obra colectiva coordinada por David Poveda es resultado del trabajo conjunto y el diálogo interdisciplinar de seis profesionales de la lingüística, la psicología, la antropología y la pedagogía que plasman en diferentes artículos su experiencia investigadora y conocimientos, ofreciendo al lector la posibilidad de explorar ciertas vías teóricas y metodológicas cada vez más frecuentadas en nuestro país y que proporcionan interesantes posibilidades explicativas sobre la experiencia educativa de las minorías étnicas en España.

Las páginas introductorias del libro escritas por David Poveda, aportan al lector un mapa del terreno en el que desarrollará su incursión y una bolsa de viaje bien abastecida con las teorías y métodos más relevantes en el estudio de la diversidad cultural en la educación. Le siguen cuatro artículos en los que Virginia Unamuno, David Poveda, Adela Franzé y Viviana Gómez, desde la sociolingüística, la psicología educativa, la antropología y la pedagogía, respectivamente, recurren a la etnografía para introducirse en los encuentros y desencuentros que conforman la realidad escolar en contextos culturalmente heterogéneos. Como colofón del volumen nos encontramos con dos artículos que hacen las veces de revisión y reflexión final sobre los temas abordados en las etnografías; el primero está escrito por Maribel Jociles desde un punto de vista antropológico y en él se lanza a la difícil y delicada tarea de establecer un diálogo crítico, en términos teóricos y metodológicos, con los trabajos de los autores que intervienen en el volumen. El último, de Benito del Rincón, es un texto elaborado desde la pedagogía en el que se esbozan posibles líneas de acción ante las dificultades analizadas en las etnografías.

Tanto el título de la obra como la introducción ofrecida por el coordinador y las primeras páginas de cada una de las etnografías nos van situando en el escenario teórico y metodológico donde se desarrollan las 235 páginas que componen el volumen. Precisamente, “entre la diferencia y el conflicto” giran la mayor parte de las explicaciones teóricas sobre la experiencia de las minorías étnicas en el sistema educativo que se presentan en las etnografías, siendo “la mirada etnográfica” una de las lentes escogidas para enfocar el complejo mundo de la diversidad cultural en las escuelas. En este sentido los autores/as están recogiendo en sus trabajos una tradición de investigación aún poco explorada en nuestro país y que comienza en Estados Unidos durante los agitados años 60. Frente a los retos de las primeras aulas étnicamente heterogéneas y sobre las bases de la famosa “teoría de la pobreza” los cien-

tíficos sociales norteamericanos buscaron la explicación de las diferencias en el rendimiento escolar de los alumnos/as de minorías étnicas en los supuestos “déficit” o “privaciones culturales” que explicaban por su situación socio-ambiental. Sobre estas líneas se establecieron marcos de acción destinados a facilitar la adaptación escolar de las minorías desfavorecidas. La discriminación positiva, currícula alternativos o educación compensatoria, han sido algunos de los ejemplos que aún hoy perduran. La investigación sobre estas cuestiones siguió su propio rumbo en Europa a partir de los años 70, con la escolarización de las segundas generaciones de inmigrantes y en un contexto de revisión crítica, tanto en el ámbito académico como en la sociedad más amplia, que propició el surgimiento de una perspectiva alternativa frente a las arraigadas “teorías del déficit”. Desde la sociolingüística y la antropología¹ se pusieron en práctica “supuestos contextualistas y relativistas” apoyados en experiencias etnográficas cuidadosas con el detalle de lo cotidiano debidamente contextualizado. El debate se resituaba, así, en torno a las discontinuidades entre alumnos-familia-escuela, intentando explicar las diferencias del rendimiento del alumnado étnicamente minoritario sobre las bases de las diferencias culturales y/o comunicativas entre el contexto escolar y extra escolar. El resultado de estudios de este tipo impulsó una estrategia de intervención basada en aproximar la enseñanza en el aula a los patrones comunicativos e interactivos de los niños/as provenientes de comunidades minoritarias. A pesar del optimismo que rezumaban las “teorías de la diferencia” y sus amplias posibilidades prácticas, algunos estudiosos consideraban *naïve* la idea de que el simple reconocimiento positivo de las diferencias culturales fuera a resolver los “conflictos” en las escuelas cultural y socialmente heterogéneas. Las diferencias culturales, al fin y al cabo, no son más que uno de los elementos que entran en el juego de las relaciones asimétricas que se producen en el aula y en la sociedad; los agentes sociales son conscientes de ello y por eso ponen en marcha estrategias que permiten perpetuar ciertas formas de poder y jerarquización. El sistema educativo, dirían algunos sociólogos europeos como Bourdieu o Willis, es justamente uno de los elementos que contribuye a naturalizar y reproducir dichas desigualdades. Esta corriente teórica del “conflicto”, sigue derroteros diferentes en los Estados Unidos, y Ogbu, en este sentido, es uno de los representantes más comprometidos con la crítica al desajuste familia-escuela desde la perspectiva del conflicto.

“Entre la diferencia y el conflicto” y frente a los persistentes legados de “la teoría del déficit” se sitúan, pues, los análisis que componen el volumen. Planteando las posibilidades de un contexto interdisciplinar de estudio en el que se barajan posturas críticas y reflexivas, se enlazan con el enfoque etnográfico que proviene de la antropología y es adoptado provechosamente por disciplinas como la sociolingüísti-

1 Bersntein, Labov, Kawakami, Guthrie y Hall, Hymes y Farr, Bourdieu, son algunos autores señalados por Poveda cuyos trabajos consiguieron un distanciamiento teórico frente a las teorías del déficit.

ca, la psicología o la pedagogía. La primera de las etnografías “Quién es qui a l’ escola? El reto de observarnos diversos” de Virginia Unamuno, es una sugerente muestra de este juego interdisciplinar y nos ofrece una de las críticas más explícitas y contundentes del volumen a las implicaciones educativas que tienen las teorías del déficit. Utilizando herramientas propias del análisis crítico del discurso de autores como Sacks, Schegloff y Jefferson, Tuson o van Dijk, y de la lingüística interaccional de Gumperz, entre otros, la autora realiza una sugerente etnografía de la comunicación en el aula en la escuela S.P. de El Gornal, un barrio popular de L’Hospitalet de Llobregat. Su objetivo principal es explorar el complejo mundo de las representaciones que van construyendo mutuamente y de sí mismos los actores implicados: alumnos, profesores y la sociedad más amplia encarnada, en este caso, en los vecinos del barrio donde se asienta la escuela. En este juego de diversas identidades y representaciones que giran fundamentalmente alrededor de la lengua y la etnicidad, discurre la comunicación en la escuela y se ponen en funcionamiento diferentes espacios de acción pero también de exclusión y por lo tanto de desencuentro. La escuela que nos muestra Unamuno establece su praxis sobre un discurso normalizador y homogeneizante de la diferencia, excluye las singularidades identitarias de sus alumnos y las reduce a “carencias”, “dificultades”, “desestructuraciones”. Las consecuencias de estos procesos se reflejan en unas exigencias y expectativas sobre el aprendizaje cada vez más bajas y en la función compensatoria que va adquiriendo la escuela frente a las “carencias” de una sociedad que se entiende como “deficitaria”. Cuando el discurso de la escuela cambie, nos dice Unamuno, cuando ésta deje de ser un entorno neutro y homogeneizante para incorporar las peculiaridades culturales y étnicas de sus alumnos, mejorará la comunicación con las consiguientes consecuencias positivas en la praxis educativa.

Si en el artículo de Unamuno se pone sobre el tapete una de las cuestiones teóricas centrales - el tema de la cultura y la etnicidad en la escuela-, el lector tendrá la oportunidad de seguir explorando estas cuestiones al adentrarse en la etnografía de Poveda “Saberes sociolingüísticos en una clase multicultural”. Aquí, en contraste, se nos ofrece una interesante visión sobre el “trato diferencial” que reciben las diferencias culturales de los alumnos por parte de los profesores y cómo puede influir ello a largo plazo en el proceso educativo de los niños. Desde la psicología educativa y la microetnografía, Poveda, retoma la trayectoria de estudio norteamericana sobre el lenguaje y la comunicación en el aula de autores como Cazden, Sarah Michaels o J. Collins entre otros y se centra en el estudio de “la ronda”, un “tiempo compartido” en el aula fuera del programa, en el que los niños hablan de lo que quieren frente a la maestra y sus compañeros. Nos muestra que el sistema educativo y sus agentes están provistos de un “saber docente” compuesto por sus experiencias con un alumnado más o menos heterogéneo, unos conocimientos sociolingüísticos y culturales y una reflexión sobre sus propias experiencias que van guiando sus acciones o estrategias. En este sentido, Poveda no ofrece al lector una lista de soluciones mágicas para

favorecer la relación con un alumnado étnicamente heterogéneo ni los secretos de una buena profesora para encontrar escenarios de relación beneficiosos para el desarrollo educativo e integración de sus alumnos, por el contrario, la etnografía de Poveda hace hincapié en la importancia que tiene la experiencia y reflexión docente en medios culturalmente heterogéneos, así como en la incorporación al “saber docente” de una comprensión de la diferencia étnica y cultural basada en su carácter social, relacional y dinámico, alejada de esencialismos estáticos y en interacción constante con los múltiples factores que entran en juego en la relación alumno-docente (características individuales, económicas, contextos comunicativos, relacionales, etc...).

Al llegar a la tercera de las etnografías, “Las formas escolares del extrañamiento: un estudio de los intercambios comunicativos en un contexto multicultural”, elaborada por Adela Franzé desde una perspectiva antropológica, el lector podrá apreciar un salto cualitativo importante a la hora de seguir explorando el tema de las diferencias culturales en la escuela. Ahora la etnicidad pierde relevancia y el foco se centra en los desencuentros que se producen entre “la cultura escolar” (dominante) y “las culturas de los grupos sociales subalternos” ya sean estos autóctonos o extranjeros. Y es que Franzé sigue la tradición teórica británico-francesa de autores como Berstein, Lahire, Bourdieu, Passeron, o Cole, entre otros, para demostrarnos, mediante una cuidada etnografía en un colegio étnicamente heterogéneo del centro de Madrid, que aceptar formal y positivamente la existencia de diversos ambientes culturales en los que se adquieren diferentes habilidades, destrezas, códigos de comportamiento y acción, no implica necesariamente resolver los desencuentros culturales que se producen en la escuela. Frente al “discurso pedagógico” formal, en la práctica, la escuela y los docentes legitiman su rol instructor, precisamente, en la oposición jerarquizante que se plantea entre el saber formal, reglado, abstracto, objetivado y por ello susceptible de ser transferido, y el saber informal, cotidiano, interiorizado fuera de la escuela. El problema está, por tanto, según el análisis de la autora, en el propio “rol tácito de la escuela” como “agente inculcador y legitimador de una forma de relación con “La Cultura” que conlleva implícitamente la naturalización de las jerarquías culturales. En este contexto, da igual que se sea marroquí, madrileño o ecuatoriano, si uno quiere “apañárselas” en la escuela tendrá que aprender a distanciarse de sus propios capitales de acción y conocimiento adquiridos en múltiples contextos y adaptarse a “los esquemas de apreciación y acción exigidos por la escuela”.

Como contrapunto al análisis antropológico desarrollado por Franzé, la última de las etnografías “La compensación educativa: el camino educativo de las minorías étnicas y socioculturales” de Viviana Gómez, cierra la primera parte del volumen con un interesante trabajo que conjuga la pedagogía reflexiva y la etnografía sobre la herencia de Ogbu, Portes, Edmons y Bronfenbrenner para abordar los problemas de la educación compensatoria. La investigación se desarrolla en dos centros del sur-

este de Madrid que presentan características organizacionales y discursos pedagógicos muy diferentes, así como dos formas distintas de implementar la educación compensatoria: integrada o segregada del aula “normal”. Sin embargo, las diferencias que se presentan entre ambas escuelas no parecen tener demasiado efecto en el fracaso de la educación compensatoria constatado por la autora al realizar un seguimiento y evaluación detallada de las trayectorias de dos niños en uno y otro centro respectivamente. Gómez evidencia una cuestión bastante discutida entre el cuerpo docente y es que algo no funciona en la educación compensatoria ya sea ésta integrada o segregada del aula. Sin embargo, el lector no encontrará un análisis explicativo de las posibles variantes que interactúan en la composición de tan desolador panorama, incluso podrá sentirse algo frustrado cuando al final del artículo encuentre una serie de factores que Gómez asocia al éxito en la compensación educativa con la intención de abrir una rendija de esperanza pero que, lejos de apoyarse en su etnografía, parecen confundirse con ese “saber pedagógico” formal que habitualmente no se refleja en la práctica docente, tal y como el lector tendrá oportunidad de apreciar por sí mismo en la lectura de las cuatro etnografías aquí presentadas.

Hasta ahora he presentado al lector algunos aspectos teóricos sobre los que trascurren las etnografías que, sin embargo, están vinculados a importantes aspectos metodológicos; precisamente, es este vínculo entre ambos lo que permite a los autores construir ciertas explicaciones sobre los temas específicos que abordan. Todos ellos recurren a técnicas propias de la etnografía demostrando que, aparte de la antropología, pueden convertirse en herramientas sumamente útiles en los estudios realizados desde otras disciplinas. Sin embargo, frente a la interesante pluralidad de “miradas etnográficas a la diversidad en la educación” que aporta el volumen, cuando hablamos más específicamente de “mirada antropológica” o de “enfoque etnográfico” la cosa se complica y el lector podrá comprobarlo al comenzar la segunda parte del volumen y adentrarse en los comentarios críticos que Maribel Jociles realiza desde un punto de vista antropológico a las etnografías presentadas. No basta con observar hasta que nos duelan los ojos ni con realizar entrevistas abiertas hasta el infinito, ni tampoco tiene que ver con que nuestros datos sean exclusivamente cualitativos, lo que nos permite adquirir una lente antropológica se trata, más bien, como sugiere Jociles² (citando a Wilcox y refiriéndose precisamente a la etnografía escolar), de sumergirnos en un proceso prolongado en el que nos desprendemos de nuestras preconcepciones, hacemos extraño lo familiar y preguntamos por lo que parece obvio, un proceso en el que para comprender porqué las cosas ocurren así y no de otro modo aprendemos a instrumentalizar las relaciones sociales y a rela-

2 Véase Jociles (1999) para un mayor detalle de la “mirada etnográfica”.

cionar el ámbito específico en el que suceden con el contexto más amplio. En este sentido el lector podrá distinguir la mirada antropológica enfocada, precisa y amplia de algunos autores frente al guiño etnográfico de otros en los textos presentados en la primera parte del volumen. Por ejemplo, Unamuno, desde la sociolingüística, recoge sus datos conjugando “la interacción en el aula” con las entrevistas realizadas fuera y dentro de la escuela a distintos actores implicados (personal docente, alumnos, gente del barrio). Considera las entrevistas “una interacción privilegiada” donde “quienes hablan están construyendo delante de y para el otro una imagen de sí mismos a través de distintas prácticas verbales que pueden rastrearse en un análisis discursivo” y, consciente de la ventaja que le otorga su rol de extranjera frente al otro, consigue que le expliquen cuestiones relacionadas con la identidad que suelen darse por supuestas. Sin embargo su mirada antropológica parece desenfocarse frente a ciertos aspectos cruciales para los resultados de su análisis tales como que la respuesta del “otro” depende de quién pregunta, cómo pregunta y qué pregunta, de modo que el contexto discursivo en el que los entrevistados desarrollan sus respuestas debe ser claro y semejante en aquellos casos que pretendan someterse a comparación y esto es especialmente relevante, además, cuando se pretende indagar en el complejo mundo de las identidades étnicas por su propio carácter contextual, socio-relacional y por tanto dinámico. Gómez por su parte estuvo durante dos años en dos centros de Madrid, estudiando alumnos y personal docente en aulas normales y de compensatoria. Esta estancia prolongada le permite la reconstrucción transversal de la trayectoria educativa de cinco alumnos de compensatoria en cada centro que entran en primaria y salen hacia secundaria. Junto a las entrevistas y observación participante la autora realiza evaluaciones con las que mide el grado de desfase escolar de los alumnos de compensatoria frente a sus compañeros y aplica, además, el Test de Piers Harris dirigido a medir la autoestima y un sociograma. Las pretensiones metodológicas de la autora son valientes y apuntan claramente a conseguir una perspectiva holística, sin embargo en el artículo presentado, el lector podrá advertir algunas barreras importantes que obstaculizan este intento. Gómez no parece tener en cuenta la distinción e interrelación que existe entre las “reglas de acción de la escuela” como institución experta y las “interpretaciones y apropiaciones que los actores hacen de ellas (cotidianamente) como contexto de prácticas en uso” (Díaz de Rada 1996: XVII)³. Por ello, quizá, se queda en el relato continuado de datos que da por hecho y no logra poner en juego las variables que le permitirían responder a sus interrogantes de partida sobre los pobres resultados de los programas de educación compensatoria. Frente a los retos que supone para estas autoras poner en práctica su “mirada antropológica”, encontrará el lector una mayor nitidez en los enfoques etnográficos de David Poveda y Adela Franzé. El primero es

3 Díaz de Rada (1996) es útil y revelador para el lector interesado en la etnografía educativa; ofrece una interesante postura crítica sobre la visión instrumental de la escuela.

muy cuidadoso con el proceso de observación y el criterio de selección de los datos y así lo refleja en su artículo facilitando al lector el seguimiento temporal de la interacción entre profesora y alumnos/as al compás del desarrollo teórico que va ofreciendo. Aún escogiendo un evento particular como es “la ronda” o “asamblea” diaria que se celebra en un aula de infantil, Poveda contextualiza dicho evento en el continuo transcurrir de la clase y al propio grupo o aula escogido en el contexto de la escuela durante un año. Los cuatro niños/as en cuyas trayectorias se centra el autor son seleccionados en base a su etnicidad, pero incluyendo, junto a esta variable principal, otras como el género y el grado de participación en la ronda. Franzé, por su parte, prioriza la observación participante como clave metodológica, ésta le permite un análisis de las prácticas discursivas de los alumnos del último curso de EGB en acción y contextualizado en las múltiples relaciones que se superponen en tiempo y espacio. Las entrevistas, conversaciones informales, sociogramas, redacciones, etc. son, en cambio, técnicas complementarias que le permiten adentrarse en el mundo de los actores implicados y sus representaciones.

A Poveda y a Franzé les acerca una idea de fondo; se trata, como bien sugiere Jociles en este mismo volumen, de una idea de la cultura sociodinámica y relacional que explica “*los modos de pensar, sentir y actuar de los actores a partir de las condiciones micro o macro estructurales que las generan, de manera que al cambiarse estas condiciones varía también la cultura, porque ésta no es otra cosa que el pensar, sentir y hacer que se produce en ellas.*” (p. 195). Es este trasfondo el que facilita una “mirada antropológica” susceptible de ser adoptada por diferentes disciplinas y la posibilidad de emprender interpretaciones culturales de la realidad en un sentido amplio, en este caso de la escuela y lo que sucede en ella.

Llegados a este punto, el lector habrá apreciado ya que el artículo de Jociles, en la segunda y última parte del volumen, le ofrecerá la posibilidad de reflexionar sobre algunos “maridajes teórico-metodológicos” vinculados a la “escuela, etnia y cultura”, como sugiere el propio título del artículo. En la difícil tarea de valorar las etnografías del volumen la autora toma una postura antropológicamente crítica sin que su rigurosidad oscurezca en absoluto la riqueza de las aportaciones interdisciplinarias de sus compañeros; por el contrario, su punto de vista obliga a una relectura que permite situarnos en una guardia reflexiva sobre las elaboraciones de los autores y podemos, entonces, continuar un fructífero diálogo con ellos y sus experiencias. En primer lugar, y sobre las premisas antes presentadas, Jociles nos alerta sobre el cuidado que exige el diseño de la investigación de carácter antropológico desde la construcción del objeto de estudio hasta el trazado de la metodología que permitirá la obtención de los datos y finalmente la elaboración y análisis de éstos. La autora resalta, en este sentido, cuestiones como la importancia que tiene la presencia del investigador en el proceso de recogida de datos, y señala, por ejemplo, que el modo en el que nos introducimos y presentamos nuestras intenciones e interrogantes va configurando un espacio comunicativo en el que se desarrolla, también, la autopre-

sentación del “otro” y su mundo. La observación participante, en este sentido, ofrece un marco privilegiado para contextualizar debidamente lo que los actores hacen, dicen y dicen que hacen. Atendiendo a estas cuestiones es cuando la entrevista y los datos que pueden extraerse mediante el análisis del discurso cobran un sentido que trasciende el mundo de las representaciones.

Las cuestiones metodológicas que Jociles pone sobre el tapete y que configuran un enfoque etnográfico no están nunca desligadas de ciertos aspectos teóricos importantes, como hemos visto más arriba al comentar las implicaciones que la idea de cultura tiene en las investigaciones presentadas. Éste, en mi opinión, es uno de los aspectos más importantes que aporta Jociles y que permiten al lector volverse a plantear cuestiones que han aparecido en el volumen y que además tienen importantes implicaciones prácticas. Por ejemplo, la autora nos hace cuestionarnos sobre lo que sucede cuando la diferencia cultural y la etnicidad se equiparan y sirven para explicar, lineal y unívocamente, las formas de actuar y de ser del “otro”. Este discurso teórico, que muchas veces se ha escondido camaleónicamente bajo el epígrafe de las teorías de la diferencia, suele sostener etnografías incompletas y actuaciones y prácticas educativas que, en el mejor de los casos, proponen la aceptación de la diferencia cultural como si de un medicamento genérico se tratase cuyos efectos paliaran los desencuentros que se producen en el contexto escolar. Dichas actuaciones tienen dudosas consecuencias y como muestra este volumen son, cada vez más, objeto de crítica y obstáculos a superar en gran parte de los trabajos que últimamente se realizan.

Muestra de dicho esfuerzo es, precisamente, el artículo final del volumen elaborado por Benito del Rincón: “Diversidad cultural en el sistema educativo: problemas y alternativas.”. Desde la reflexividad docente y la formación- investigación-acción impulsada por autores como Bartolomé, Moreno, Tovías o Jordan, el autor propone posibles vías de acción integradas entre sí que faciliten el encuentro de la escuela con públicos culturalmente heterogéneos. Sus propuestas giran en torno a un marco de acción colaborativo entre ámbitos académicos, institucionales y políticos, en el que el docente ocupe una posición activa en el diseño de las estrategias educativas, dejando de ser un simple ejecutor de planes impuestos desde arriba. En este sentido, la investigación-acción ofrece un marco privilegiado al docente para realizar un trabajo de observación y reflexión sobre su labor en contextos considerados “problemáticos” que le permitirán trazar, luego, estrategias adecuadas a la singularidad del contexto. Tras leer la reflexión de del Rincón confirmamos que “lo que se haga” depende, en gran medida, de “cómo se haga” y que esto último está estrechamente ligado al *habitus* que configura y otorga sentido a las acciones de los agentes directamente implicados. El artículo de del Rincón no es sólo interesante por aportar posibles vías de acción en la resolución de una situación claramente compleja y frustrante para muchos, sino que, el lector, animado quizá por el juego de “miradas antropológicas” que propone el volumen, podrá encontrar en este último texto refle-

jos de ese *habitus* docente, en el que se entrecruzan experiencias, ideas y conceptualizaciones sobre la diversidad, sobre la práctica y las estrategias docentes, sobre el alumno diferente y autóctono, sobre sus familias y sobre el docente mismo como profesional y como persona.

En estas líneas espero haber contagiado al lector el interés que en mí suscitó la lectura de este volumen haciéndole partícipe de aquéllos aspectos que en mi opinión merecen una atención y reflexión profundas. Quizá, para concluir, debo advertir a aquéllos que busquen respuestas definitivas o soluciones tajantes a problemas que de pronto parecen convertirse en acuciantes como la interculturalidad de nuestras escuelas, que en este volumen encontrarán, más bien, un esfuerzo colectivo por “alcanzar una comprensión lo más detallada posible de las preguntas (y respuestas) que parecen formularse una y otra vez los propios protagonistas de la vida social” (Díaz de Rada 1996: XII) y conseguir una traducción adecuada de dichas preguntas en el contexto amplio de una reflexión sistemática. Y es que esto, al fin y al cabo, es lo que puede aportar la aproximación etnográfica a cuestiones como la diversidad cultural en la educación.

Referencias bibliográficas

JOCILES, M^a ISABEL.

1999 Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico, *Gazeta de Antropología* nº 15

DÍAZ DE RADA, ANGEL.

1996 Los primeros de la clase y los últimos románticos. Madrid, Siglo XXI

Sara Sama Acedo
Universidad de Castilla-La Mancha
sarasama@wanadoo.es